

A black and white photograph of two wicker chairs with metal frames, placed on a grassy field. The chairs are positioned diagonally, with one in the foreground and one slightly behind it to the left. The background is a vast, open field of grass.

La tesis y la antítesis: Baroja contra Valle-Inclán

Por Francisco Fuster

Personas más antitéticas que Baroja y Valle-Inclán no pueden darse en un mismo momento.

Semblanzas ideales (1972), JULIO CARO BAROJA

Aunque resulta imposible determinar el momento exacto, es probable que Pío Baroja (San Sebastián, 1872-Madrid, 1956) y Ramón del Valle-Inclán (Vilanova de Arousa, 1866-Santiago de Compostela, 1936) se conocieran en los años finales del siglo XIX, quizá en 1896 o 1897, en la tertulia que el editor Luis Ruiz Contreras solía organizar en la biblioteca de su casa, a la que acudían varios jóvenes aspirantes a escritores que, con el tiempo, pasarían a formar parte de la generación del 98, o bien en la que Jacinto Benavente y el propio Valle-Inclán mantenían en el Café de Madrid, en torno a esas mismas fechas. Durante esos años del cambio de siglo, Baroja y Valle-Inclán también coincidieron en las páginas de revistas fundacionales del grupo noventayochista como *Germinal*, *Revista Nueva*, *La Vida Literaria*, *Revista de Libros*, *Alma Española* o *Electra*, en la que Valle-Inclán llegó a publicar, en marzo de 1901, una reseña de la novela barojiana *La casa de Aizgorri* (1900). Igualmente, ambos tenían una afición –dar largas caminatas por Madrid y sus alrededores– que, por lo que contó Baroja en sus memorias, compartieron en más de una ocasión. Si es conocida la querencia del autor de *La busca* a dar largos paseos por los suburbios de las grandes ciudades, no lo es menos la de Valle-Inclán, con quien Baroja emprendió varias excursiones en las que, según su biógrafo, Miguel Pérez Ferrero, «Valle-Inclán emprendía el paso y tomaba la palabra al mismo tiempo, y ya se hacía difícilísimo detenerle en cualquiera de los dos ejercicios» (Pérez Ferrero, 1972: 110). Hablando del cambio de siglo, también podemos recordar que Valle-Inclán no faltó al banquete de celebración que Azorín organizó en 1902, con motivo de la aparición ese mismo año de *Camino de perfección*, novela de Baroja cuya publicación causó cierto impacto en su momento.

Años más tarde, en 1914, Baroja se vio envuelto en un trágico incidente que él mismo contó en sus memorias, donde narró el extraño episodio según el cual un día se presentaron en su casa de la calle de Mendizábal dos periodistas enviados por el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, quien le exigía que rectificase unas palabras que, en su opinión, le habían injuriado. Ante la negativa del novelista vasco a rectificar, los periodistas le instaron a nombrar dos padrinos, por si el malentendido

no se arreglaba a través del diálogo y había que recurrir a la suerte del duelo. Baroja, que se tomó el asunto a broma, nombró padrinos a Azorín y a Valle-Inclán, que acudieron al Café Suizo de Madrid, donde Valle-Inclán –que salió en defensa de su amigo– tuvo un agrío enfrentamiento con Gómez Carillo, quien afirmó que estaba dispuesto a desafiar a todo aquel que le ofendiera, a lo que el gallego respondió que a él no se atrevía a desafiarle nadie. Aunque la sangre no llegó al río y la cosa no pasó de una trifulca tabernaria, la anécdota revela la existencia si no de una amistad profunda, sí de una relación de camaradería entre Baroja y Valle-Inclán sostenida a lo largo de estos primeros años del siglo xx.

Sin embargo, y no obstante esta muestra de solidaridad gremial, apenas un año después surgió la primera discrepancia entre ambos, cuando en enero de 1915, en plena Primera Guerra Mundial, José Ortega y Gasset fundó la revista *España*, en la que colaboró una imponente nómina de autores, la mayoría de tendencia aliadófila, entre ellos el propio Valle-Inclán. Baroja, que fue de los pocos intelectuales españoles que se declaró germanófilo, se distanció de la publicación y terminó abandonándola en enero de 1916, cuando la dirección de la revista pasó de Ortega al socialista Luis Araquistain. Como ha señalado Miguel Ángel García de Juan, esta complicidad de Valle-Inclán con el socialismo de Araquistain primero y con el republicanismo de Azaña después, dos personajes por los que el vasco sentía nula simpatía, «no sería precisamente un motivo de admiración de Baroja hacia el autor gallego sino todo lo contrario» (García de Juan, 2011: 490). Aquí arranca, supuestamente, el distanciamiento entre dos autores que, hasta ese momento, habían podido discrepar en cuestiones concretas, pero habían mantenido un vínculo de amistad no intenso pero sí bastante cordial, no sólo entre los dos interesados, sino también entre Valle-Inclán y el resto de la familia Baroja, con la que el vilanovés siempre tuvo un trato exquisito, sobre todo con su viejo amigo, el pintor y grabador Ricardo Baroja, con quien tuvo más y mejor relación que con su hermano.

Aunque la enemistad entre Baroja y Valle-Inclán constituye un lugar común a la hora de hablar de la relación que los miembros de la generación del 98 mantuvieron entre ellos, lo cierto es que dicha enemistad nunca existió. En honor a la verdad, y como trataré de demostrar a continuación, lo que los testimonios de ambas partes demuestran es que mientras que Valle-Inclán jamás dedicó un insulto o una mala palabra a su colega, Baroja siempre sintió, aunque durante un período de su vida –la juventud de am-

bos– lo disimulara, un profundo rechazo hacia su compañero y supuesto amigo, inspirada no en causas concretas y objetivables, sino en una evidente falta de afinidad entre ambos y en una fobia personal del escritor donostiarra.

De los distintos textos barojianos en los que podemos rastrear la antipatía de su autor por Valle-Inclán, el que, sin duda, más nos interesa es la semblanza que don Pío le dedicó en «El escritor según él y según los críticos», segundo volumen de sus memorias, publicado en 1944, cuando el autor de *Lucas de bohemia* ya hacía ocho años que había muerto. Aunque no sea –ni mucho menos– algo inusual en sus descripciones, en las que el vasco gustaba de insertar unas líneas sobre la fisonomía de los retratados, sí llaman la atención las palabras que dedica al físico valleincliniano y a la sensación que éste produjo en la sociedad española del cambio de siglo. En ese sentido, Baroja dijo haberse sorprendido por el hecho de que la gente hablase de la belleza de alguien a quien él describía en términos no precisamente elogiosos: «Valle-Inclán no era un hombre de cara bonita, ni mucho menos, tenía restos de escrófula en el cuello. La nariz, un poco de alcuza; los ojos, turbios e inexpresivos; la barba rala y deshilachada, y la cabeza, piriforme, y, sin embargo, para muchos era algo como un gigante y hasta como un Apolo» (Baroja, 2013: 85). Siguiendo con el aspecto exterior, en este caso no de la persona, sino de la obra, Baroja siempre admitió que, mientras que el estilo modernista de Valle-Inclán estaba dentro de la corriente literaria de la época, encarnada por autores como Maeterlinck y D'Annunzio en el extranjero, o por Benavente y Rubén Darío en el ámbito hispánico, él era más partidario del realismo de Dickens, Stendhal o Dostoievski, por lo que no resulta nada extraño que, en otro pasaje de sus memorias, criticase el recargamiento de la prosa valleincliniana y dijese de ella que le parecía «un traje lleno de adornos y lentejuelas un poco cogidas de aquí y de allá» (Baroja, 1997, II: 187).

Si de la forma pasamos al fondo, esto es, a la personalidad del escritor gallego y al contenido de su obra, la opinión no sólo no mejora, sino que va en la misma línea, pues don Pío fue muy sincero al reconocer que «además de la antipatía física, había entre nosotros una antipatía intelectual» (Baroja, 2013: 91). De los supuestos defectos de Valle-Inclán, el que más censuró Baroja fue el de su falsedad e hipocresía, cifrada, según el vasco, en que, pese a cultivar –sobre todo en los años finales de su vida– la imagen de «un hombre de una austeridad salvaje», en realidad, había

vivido de los momios que el Estado le había proporcionado: «Yo le pregunté una vez a Melchor Fernández Almagro, que había escrito una biografía de Valle-Inclán, si éste no había tenido sueldos del Estado. «Lo que hay que preguntar –me contestó él con sorna– es si ha habido algún tiempo en que no ha tenido sueldo» (Baroja, 2013: 84). Aunque aclaraba que no le parecía mal que el Estado concediese sinecuras a escritores o artistas, lo que no podía tolerar es que quienes vivían de esos privilegios quisieran, además, pasar por independientes. Según Baroja, Valle-Inclán no sólo había sabido moverse bien hasta lograr «un salvoconducto para hacer lo que le diera la gana», sino que además se comportaba como un «chaquetero», adaptando su ideología política al sol que más calentara en cada momento: «En la época republicana se decía que era un comunista y se le hizo un homenaje como revolucionario, y el gobierno rojo le daba una pensión a la viuda. En la época actual [1944] sería tradicionalista» (Baroja, 2013: 85). Si nadie denunciaba esa doble moral era porque «a Valle-Inclán se le tenía miedo», como demostraba el hecho de que, según él, el pontevedrés hablase mal de mucha gente de su época y, sin embargo, nadie se atreviese a hablar mal de él, por motivos que Baroja tampoco explicitaba.

Al poner por escrito sus recuerdos y analizar retrospectivamente el pasado, dejó bien claro que la soterrada antipatía que sentía por Valle-Inclán venía de lejos, porque, al analizar las que, a su juicio, habían sido las tres tertulias literarias más importantes de la edad de plata, cargaba duramente contra la que Azaña y Valle-Inclán animaban en la Cacharrería del Ateneo (las otras eran la de Ramón Gómez de la Serna en el Pombo y la de Ortega y Gasset en el café Granja El Henar). Según el vasco, dicha reunión de amigos era «la tradicional murmuración maliciosa» en la que «el uno era un borracho, el otro era un tonto, el otro engaña a su mujer, etcétera, etcétera», y en la que Valle-Inclán se sentía como un dictador, lo que daba lugar a que a veces surgieran «riñas desagradables» (Baroja, 1997, I: 842). De la misma forma, reconocía haber compartido muchos paseos con él, pero, lejos de hacerlo en un tono cariñoso, aprovechaba para lanzar otra de las invectivas que con más insistencia dirigió a su amigo, a quien acusaba de ser fantasioso y de haber tergiversado cantidad de historias que ambos vivieron juntos, creando versiones a su gusto, siempre en beneficio propio: «Una vez, esto lo leí en un periódico, decía que habíamos ido él y otros varios por la Ronda de Toledo, y que habíamos visto pasar unas manadas de toros por este paseo, y que

todos los que iban con él, entre ellos yo, habían huido y él había quedado tranquilo» (Baroja, 1997 I: 917).

Desde el punto de vista de su ideología política, es bastante creíble la teoría expuesta por Julio Caro Baroja, quien en un texto sobre Valle-Inclán, publicado en 1966 en la *Revista de Occidente* y luego incluido en su libro *Semblanzas ideales* (1972), argumentaba que la primera discrepancia entre ambos radicaba en el hecho de que, mientras Valle-Inclán era un carlista recalcitrante, Baroja –que era un gran conocedor del carlismo (su padre había sido voluntario en la Segunda Guerra Carlista) y había heredado la visión familiar de aquel episodio– era un liberal convencido, por lo que difícilmente iban a entenderse en esto; más bien todo lo contrario. Sí el pontevedrés veía la guerra carlista como una contienda «llena de lances caballerescos, en escenarios medievales» y protagonizada por «donjuanes religiosos y satánicos, damas exquisitas, aldeanos fabulosos», el guipuzcoano veía «patrullas mandadas por clérigos de aldea, jaboneros y cereros de callejuela, y construidas por caseros sombríos, detenciones de diligencias, emplumamientos de mujeres, palos a mansalva, marchas y contramarchas poco explicadas y explicables, canciones de taberna y, en frente, soldaditos “guiris”, dirigidos por generales que despotricaban del “país, el paisaje y el paisanaje”» (Caro Baroja, 2014: 193). Por eso, no extraña nada que, como cuenta Caro Baroja, su abuelo y padre de Pío, Serafín Baroja, que era un hombre afable y risueño, llegara incluso a irritarse con Valle-Inclán y con Ciro Bayo, ambos escritores carlistas y amigos de la familia, cuando éstos le contaban una versión del conflicto distinta a la que él mismo había vivido (Caro Baroja, 2014: 194). Y tampoco sorprende que a Baroja le disgustase la trilogía valleinclanesca sobre la guerra carlista (1908-1909), como él mismo se encargó de dejar claro en sus memorias, por si había alguna duda:

¿Cómo me van a divertir a mí las tres novelas de la guerra carlistas que escribió Valle-Inclán, que pasan en el País Vasco sin haber estado el autor en él? Cuando veo que entre los guerrilleros de Santa Cruz –todos o casi todos guipuzcoanos– el escritor habla de viñadores –en Guipúzcoa no hay una viña–, de gente que corre al borde las acequias –no hay una acequia–, de viejas montadas en burros –no se ve una–, con los refajos sobre la cabeza –no he visto ninguna–, de curas con galgos –no hay un galgo–, etcétera. [...] Valle-Inclán era en esto especialista, en historias fantásticas que acomodaba al tiempo (Baroja, 1997, I: 187).

Como he apuntado anteriormente, otro punto de discrepancia se produjo cuando en España se abrió el debate en torno al posicionamiento del país en la Primera Guerra Mundial. Ya varios años antes de la guerra, en 1911 y 1912, Baroja –que, por lo demás, siempre un gran defensor de Francia y de su cultura– había publicado varios artículos en la prensa, luego recogidos en el libro misceláneo *Nuevo tablado de Arlequín* (1917), defendiendo una hipotética alianza con Alemania, no en el sentido militar, cosa que él consideraba nociva, pero sí en el aspecto cultural o científico, pues defendía que «a mayor germanización, corresponde mayor civilización» (Baroja, 1999: 306). Ya en plena guerra, en 1915, y tras la publicación en prensa de sendos manifiestos, uno aliadófilo y otro germanófilo (que Baroja no firmó), por parte de los intelectuales españoles, Valle-Inclán publicó un artículo en el que argumentaba que, pese a que respetaba la opinión de sus amigos germanófilos, Benavente y Baroja, si él se posicionaba a favor del bando aliado era justamente por la misma razón por la que Baroja decía haberlo hecho del lado de los alemanes: porque, si estos ganaban la guerra, estaban dispuestos a terminar con el cristianismo romano, cosa que chocaba de frente con su fe católica. No como respuesta a este texto, sino como una afirmación de su postura, el vasco publicó una serie de artículos en 1916, en la revista *España* (antes de abandonarla), en los que matizó que su defensa de Alemania no tenía nada que ver con su actuación en la contienda, sino que era anterior en el tiempo, porque lo que él admiraba del país teutón no era el militarismo, como hacían los reaccionarios y conservadores españoles, sino esa innegable superioridad industrial y científica que les había convertido en el país más sabio y más trabajador de Europa.

Según uno de los biógrafos barojianos, el escritor catalán Sebastián Juan Arbó, la ruptura definitiva entre Baroja y Valle-Inclán tuvo lugar en 1927, cuando se produjeron dos episodios que renovaron la disputa entre ambos, latente durante unos años, e hicieron que acabaran de separarse, quedando «ya casi enemigos» (Arbó, 1969: 650). El primero de los enfrentamientos se produjo a raíz del estreno de la adaptación cinematográfica de la novela *Zalacaín el aventurero*, en la que Baroja interpretaba el papel del famoso Juan Egozcue, más conocido por todos como el cura Santa Cruz; por todos menos por Valle-Inclán, que, incluso después de haber visto las pruebas documentales que Baroja le presentó, siguió negando la mayor, con el consiguiente cabreo del donostiarra. Ese mismo año, Baroja acudió a Barcelona avi-

sado por Fernando del Valle Lersundi, quien le contó que un amigo suyo había comprado unas ejecutorias de su familia que demostraban el origen noble del apellido Baroja, confirmando así una teoría que el vasco sostenía desde que, en 1899, Ramiro de Maeztu le hubiese hablado de la existencia de un señor apellidado Baroja en cuyo escudo nobiliario figuraban unas flores de lis. En su biografía oficiosa de Baroja, Pérez Ferrero describe el momento en el que éste enseñó esos papeles a un estupefacto Valle-Inclán, cuya reacción desencadenó el inicio, ya declarado, de las hostilidades entre los dos antiguos amigos:

—¿Qué trae usted ahí?

Baroja le enseñó la ejecutoria.

Valle empezó a descomponerse inopinadamente y a negar el contenido del documento como si se tratase de una falsificación perjudicial al interés público. No aceptaba —y ponía toda su acritud en ello— ni las flores de lis de los Baroja, ni unos lobos que tienen los Alzate. Su rabia y su tono impertinente fueron creciendo tanto que Pío Baroja no pudo soportar ya la acritud y zanjó la cuestión diciéndole a Valle-Inclán que no quería continuar hablando con él y que acababa de romper las relaciones amistosas (Pérez Ferrero, 1972: 25-26).

Tampoco ayudaba el hecho de que, durante los años veinte y treinta, las evoluciones ideológicas de ambos fueron muy distintas, lo que dio como resultado que, al proclamarse la República, sus posiciones ante el nuevo régimen fuesen dispares. En el caso de Valle-Inclán, que desde los años veinte había demostrado cierta simpatía por la Revolución rusa y por Lenin, su giro hacia la izquierda le había llevado desde el carlismo militante de su juventud hasta un socialismo o un comunismo entendido de una forma muy personal, pues resulta difícil identificarle de forma total con una ideología concreta. Desde este punto de vista, su predisposición a aceptar de buen grado la República es diametralmente opuesta a la de Baroja, cuyo rechazo ante el experimento republicano fue siempre frontal e inequívoco. Lo más curioso de todo es que, llegado el momento, tanto uno como el otro quisieron presentarse como candidatos a las elecciones legislativas de junio de 1931, cosa que, finalmente, Baroja no hizo. Sí que lo hizo Valle-Inclán, quien no llegó a salir diputado, pero —como han demostrado Amparo de Juan y Javier Serrano— no sólo se presentó, sino que lo hizo por dos lugares distintos (La Coruña y Pontevedra) y con dos partidos distintos: el Partido Radical de Alejandro Le-

rroux y la Candidatura Radical-Agraria, que era una coalición de líderes agrarios pontevedreses y de una de las familias del Partido Radical en la ciudad, escindido en dos grupos (De Juan Bolufer y Serrano Alonso, 2007: 45-57). Por si la animadversión que Baroja sentía por la República y por sus políticos fuese poco, en 1932 se produjo otro incidente muy desagradable para él, cuando, siendo Valle-Inclán vicepresidente del Ateneo (el presidente era Azaña, otro enemigo), recibió la invitación para dar una conferencia sobre su novela *Los visionarios*, publicada ese mismo año. Lo que, en principio, iba a ser una charla amena, se convirtió, según contó Baroja en sus memorias, en una verdadera encerrona, protagonizada por un grupo de comunistas exaltados y hostiles que boicotearon el debate posterior y le increparon repetidamente, acusándole, poco menos, que de ser un esbirro de la burguesía.

En cualquier caso, lo que sí parece obvio es que el gobierno de la República y, más concretamente, el ministro de Instrucción Pública, Fernando de los Ríos, tuvieron en cuenta el apoyo de Valle-Inclán, a quien en enero de 1932 nombraron conservador del Patrimonio Artístico Nacional y director del Museo de Aranjuez. Dos cargos de los que, todo hay que decirlo, el gallego dimitió voluntariamente a los pocos meses, sin que ello le evitase las críticas de un Baroja que veía en dichas designaciones discrecionales la alargada mano de Manuel Azaña (con el tiempo, aún pudo adquirir más munición para su particular guerra, pues en marzo de 1933 Valle-Inclán fue nombrado director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma). Y es que el enconamiento de Baroja no sólo no se disipó, sino que se mantuvo hasta la muerte de su enemigo e incluso después. Cuando, tras el fallecimiento de Valle-Inclán, el vasco fue invitado por el diario *Ahora* a participar en unas de las habituales encuestas que la prensa de la época convocaba en tales ocasiones, Baroja le dedicó unas palabras deliberadamente ambiguas, escritas en un tono frío y muy poco cariñoso: «Valle-Inclán era un hombre de pasiones y odios. El que le inspiraba López Pinillos era verdaderamente africano. Exaltado y social al mismo tiempo, era incomprensible en sus ideas. Lo que no puede negarse es su fuerza de voluntad, su energía. Hubiera conseguido cuanto se hubiera propuesto. Yo creo que estaba enfermo desde hace más de cuarenta años y por un esfuerzo titánico hacía la vida que llevaba. Era un carácter» (Baroja, 1936: 6).

Meses después de la muerte del vilanovés, Baroja todavía se acordó de él, y no precisamente para elogiarle, en el que quizá

sea el texto más conocido de todos los que publicó en la prensa a lo largo de su vida. Me refiero al famoso artículo titulado «Una explicación», publicado el 1 de septiembre de 1936, en el *Diario de Navarra*, en el que, recién empezada la Guerra Civil, y tras haber sufrido el archiconocido incidente con los requetés que le detuvieron y estuvieron a punto de fusilarle, el autor de *El árbol de la ciencia*, que ya había cruzado la frontera para exiliarse en Francia, mostró su adhesión al golpe de Estado y su deseo de que ese «tumor», en el que se había convertido la República, fuese sajado cuanto antes por «la espada de un militar». En un pasaje del texto, en el que cargaba contra los que, según él, habían provocado el desastre republicano, el vasco tuvo el «detalle» de referirse al «comunismo de Valle-Inclán» (Baroja, 1999: 1346); una identificación que, si bien no podía afectar en nada a quien ya hacía seis meses que había fallecido, sí podía perjudicar a su familia. De hecho, y aunque resulta imposible establecer una relación causa-efecto entre una cosa y la otra, ese mismo mes de septiembre las autoridades del bando sublevado detuvieron y encarcelaron a un hijo del escritor, Carlos Valle-Inclán, y a su yerno, Jerónimo Toledano. Esto provocó que la hija de Valle-Inclán, María de la Concepción del Valle-Inclán, escribiese una carta a Miguel de Unamuno quien, tras haber sido destituido como rector de la Universidad de Salamanca por el gobierno azañista, había sido restituido por Franco con carácter vitalicio. Conocedora de esta situación, y pensando que el filósofo «de alguna forma colaboraba con el nuevo régimen impuesto en media España» (Viana, 2006: 38), la hija de Valle-Inclán le dirigió una misiva desesperada en la que describía la tragedia que estaba viviendo y pedía su intercesión al catedrático bilbaíno, en atención a la amistad que le había unido a su padre:

Ilustre Señor:

Me permito dirigirme a usted en nombre de la amistad que le unió a mi padre y rogarle que no me desatienda, se trata de lo siguiente: don Pío Baroja hace unos días publicó en un periódico de Pamplona un artículo, y dicho artículo lo reprodujeron los periódicos de Vigo, en este artículo el señor Baroja decía que mi padre era comunista quizá sin darse cuenta de la gravedad que en estos tiempos traen semejantes acusaciones, el resultado ha sido la inmediata detención de mi hermano Carlos en Santiago y la de mi marido, Jerónimo Toledano en Astorga, y yo con toda mi familia en Madrid; me encuentro sola y con un hijito mío muy pequeñoito.

Una sola palabra de usted a las autoridades gallegas sería de sorprendentes resultados, tanto más cuando mi marido no ha pertenecido a ningún partido, asociación o sindicato político alguno y desde el día 17 de julio está aquí sin haber intervenido en nada como así lo atestiguan estas autoridades.

Además lo terrible de esto es que mi marido es catedrático de Literatura de Vigo y en estos momentos es cuando los alcaldes deben dar cuenta de la conducta de los catedráticos.

¿Querría usted hacer algo por nosotros?

Con la esperanza de que sabrá perdonarme y rogándole por la memoria de mi padre no me desatienda, le saluda con todo respeto.

Hotel Moderno Astorga

María Concepción del Valle-Inclán de Toledano

(Viana, 2006: 39)

Como ha señalado Víctor Viana, es de suponer que la carta surtió su efecto y que Unamuno hizo alguna gestión porque, finalmente, Jerónimo Toledano fue puesto en libertad y pudo seguir con sus clases de Literatura. Lo mismo debió de suceder con Carlos Valle-Inclán, que heredó el marquesado de Bradomín y se dedicó, durante gran parte de su vida, a recopilar el legado de su padre y a defender su memoria de todos los ataques que se le hicieron; entre ellos, los del incombustible Baroja que, muchos años después de este desagradable episodio, volvió a la carga con su obsesión por Valle-Inclán. De hecho, el último episodio de esta guerra dialéctica se produjo en fecha tan tardía como el 1944, cuando la revista *La Estafeta Literaria* dedicó un extenso reportaje –elocuentemente titulado «Lo que don Pío cuenta; lo que Baroja olvida»– a la aparición en librerías, pocos meses antes, de «El escritor según él y según los críticos», primer volumen de las proteicas y polémicas memorias barojianas. Dicho texto consistía, en realidad, en una especie de encuesta en la que amigos de Baroja y escritores de la época (Azorín, Miguel Pérez Ferrero, Ernesto Giménez Caballero, César González Ruano, Luis Ruiz Contreras, etcétera) debían responder a distintas preguntas sobre la calidad o la veracidad de la obra publicada. De las dieciocho preguntas que contenía el cuestionario, la más inusual, a mi entender, es la que rezaba, literalmente: «¿Qué dice usted de lo que Baroja dice de su esposo?». Las respuestas, a cual más crítica con Baroja, las daban la viuda del poeta y dramaturgo modernista, Francisco Villaespesa (1877-1936), y la del periodista y ensayista Ramiro de Maeztu (1874-1936). Ambas consideraban que el novelista vasco

ofendía la memoria de sus difuntos maridos y ambas le acusaban de falta de tacto por haber vertido esas opiniones sobre personas que no se podían defender y que jamás hubiesen dicho lo mismo de él. Por lo visto, el director de la revista debió de solicitar sus impresiones también al primogénito de Valle-Inclán, el ya citado Carlos Valle-Inclán, pero éstas no llegaron a tiempo y no fueron incluidas en esa doble página, por lo que la extensa y pormenorizada carta que este envió fue publicada en el siguiente número de la revista. Aunque es imposible –y tampoco tiene mucho sentido, pudiendo acudir a la fuente original, que es fácilmente localizable– resumir los trece puntos de una carta muy densa, llena de datos y de precisiones eruditas, sí diré que se trataba de un texto contundente en el que el hijo del escritor gallego denunciaba y refutaba, una por una, todas las falsedades con las que, según él, el «anciano» Baroja había tejido sus memorias. Basta citar las palabras finales de Carlos Valle-Inclán, no exentas de sarcasmo, para percibir la incomodidad que la semblanza barojiana de su progenitor le había generado:

No le tomo al señor Baroja esa otra genialidad panaderil, de que escritores como Valle-Inclán «influyen poco y no dejan más que mignardises que pasan enseguida».

No se lo tomo en cuenta para oponerle opiniones menos seniles, ya que el propio señor Baroja me releva de este trabajo con sólo transcribir este juicio suyo sobre Valle-Inclán que inserta el Heraldo de Madrid el 6 de enero de 1936: «Era un tipo de español clásico. Era la supervivencia de Espronceda y de los románticos. Su estilo tiene que quedar en el idioma como un monumento» (C. Valle-Inclán, 1944: 31).

Aunque es verdad que dichas palabras fueron publicadas con la firma de Baroja, en otra de las encuestas a escritores que salieron en prensa el día después de la muerte de Valle-Inclán, en este caso en el periódico *Heraldo de Madrid*, no es menos cierto que el hijo de Valle-Inclán transcribió únicamente la parte de la nota necrológica en la que Baroja se mostraba amable con su padre. De hecho, si revisamos la transcripción del texto completo, comprobamos que, como ya había hecho en el breve obituario que he citado anteriormente (el del periódico *Ahora*), el escritor vasco daba una de cal y otra de arena, para, reconociendo los méritos del recién traspasado, dejar constancia, también, de que su relación había sido, desde el principio, muy problemática:

Era un tipo de escritor español clásico. Era la supervivencia de Espronceda y de los románticos. Su estilo tiene que quedar en el idioma como un monumento. Y como hombre era un carácter apasionado y arbitrario.

Sentía más las cosas estéticas que las personales. Hasta tal punto ponía su pasión en lo estético que llegaba a odiar a cualquier persona que según él hubiese empleado mal una palabra.

Yo era, amigo suyo; pero contradictor acérrimo en el tiempo en que empezábamos a escribir (Heraldo de Madrid, 6-I-1936).

Sería injusto, y poco riguroso por mi parte, no traer aquí a colación las buenas palabras que Baroja tuvo con Valle-Inclán. Aun admitiendo que fueron pocas, si las comparamos con las que dedicó a denostarle, me resisto a pensar que no fueron sinceras y que, en algún momento de su vida, el autor de *Zalacaín el aventurero* no sintió cierto cariño con quien compartió multitud de experiencias que, por fuerza, debieron dejar alguna huella positiva en su recuerdo. En esa misma semblanza que le dedicó en sus memorias, a la que ya he aludido, Baroja dijo de Valle-Inclán que «tenía una aspiración a la gloria como ninguno de sus compañeros», y que poseía «una voluntad tensa y firme, que contrastaba con la de los demás, floja y desmayada» (Baroja, 2013: 88). También en ese mismo texto argumentó que, pese a no ser un entusiasta de la obra valleinclanesca, reconocía a su autor la enorme virtud de ser un trabajador incansable y de haber sido, tal vez, el escritor de los que él conocía que más se había esforzado en crear y pulir un estilo propio, con una probidad artística fuera de toda duda:

Yo no tengo para qué confesar que la teoría y la técnica literaria de Valle-Inclán no me producían ningún entusiasmo.

Lo único que encontraba extraordinario en este escritor era el anhelo que tenía de perfección de su obra. Esto me parecía bien. En otro lado he escrito que Sorolla me decía una vez que él se había hecho rico y famoso con la clase de pintura que hacía, y que si supiera que con otra forma de arte podía producir otra obra de más categoría, no la intentaría y seguiría fiel a la que había hecho ya y que le había dado el éxito y la fortuna.

Esto Valle-Inclán no lo hubiera hecho. Si hubiese vislumbreado un sistema literario, una forma nueva, aunque no la hubiesen estimado más de diez o doce personas, hubiera abandonado sus viejas recetas y hubiese ido a lo nuevo, aun a riesgo de quedar en la miseria (Baroja, 2013: 90).

Se podrá reprochar que esto fue escrito en 1944, cuando Valle-Inclán ya había muerto, y es verdad. También lo es que en 1929 –lo ha contado Manuel Alberca en su biografía de Valle-Inclán (Alberca, 2015: 516)–, al morir el crítico Eduardo Gómez Baquero (más conocido por su pseudónimo, «Andrenio»), varios periódicos madrileños, con el diario *La Voz* a la cabeza, promovieron el nombre del escritor gallego como el más idóneo para cubrir la vacante que Gómez Baquero había dejado en la Academia. En ese contexto de apuestas y rumores, el *Heraldo de Madrid* hizo una entrevista a Baroja en la que, como era inevitable, se le preguntó por el asunto y, pese a que su respuesta fue muy escueta, lo cierto es que el primer nombre que dio, al menos en esa ocasión, fue el de Valle-Inclán, con quien ya había roto completamente su antigua relación de amistad: «¿Qué opina usted, admirado Baroja, de los nombres que se barajan para ocupar la vacante de “Andrenio” en la Academia? Valle-Inclán y Gabriel Miró me parecen muy indicados. Ambos merecen este premio extraordinario de la literatura» (Muñiz, *Heraldo de Madrid*, 31-XII-1929).

Aunque mi objetivo es reconstruir la imagen que Baroja tuvo de Valle-Inclán, para tratar de demostrar que el escritor vasco sintió una fobia personal hacia su colega y compañero de generación, no quisiera cerrar mi análisis sin aludir a lo que Valle-Inclán opinó de Baroja. Lo haré de forma breve porque, en realidad, las ocasiones en las que el autor gallego se refirió a Baroja –o mejor dicho, a su literatura, porque de él, como persona, nunca opinó en público– fueron escasísimas y, en todas ellas, sus palabras fueron destinadas a ensalzar la obra de un compañero por el que, a juzgar por estos testimonios, sentía un enorme respeto. El primero de estos elogios data de 1910, cuando en una entrevista concedida al periódico *El Debate* («El magnífico señor don Ramón del Valle-Inclán», 27-XII-1910), Valle-Inclán era interrogado por los escritores que, a su juicio, vendían más novelas en España. Al enumerarlos, el pontevedrés incluía los nombres más destacados de la generación anterior y de la suya propia, sin olvidar a don Pío: «¿Quiénes venden mucho y quiénes venden poco? Mucho, Valera, Palacio Valdés, la Pardo Bazán, Pereda y Galdós. De los jóvenes, Unamuno, Blasco, Azorín, Benavente, Baroja y yo, ¿qué diantre!» (Valle-Inclán, 1995: 60). Dos años después, en otra entrevista concedida a *Heraldo de Madrid* («En vísperas del estreno: lo que dice Valle-Inclán», 4-III-1912), con motivo del estreno de *La marquesa Rosalinda*, el Duende de la Colegiata (pseudónimo del periodista y dramaturgo Adelardo Fernández

Arias) le interrogó a propósito de los novelistas que, según su criterio, más destacaban en el panorama de la literatura española de ese momento. El lugar en el que Valle-Inclán cita a Baroja no puede ser más preeminente...

–¿Qué novelistas cree usted a la cabeza de nuestra literatura?

–Galdós, Palacio Valdés y la Pardo Bazán [...].

–¿Y de los nuevos?

–Pío Baroja y como escritor, Martínez Ruiz (Azorín)

(Valle-Inclán, 1995: 96)

La última referencia que he encontrado es posterior y más indirecta, pero no menos amable. En 1926 habían quedado libres varios sillones en la Real Academia de la Lengua. Aunque dos de ellos correspondían a lo que en la época se llamaban «secciones especiales o regionales» (en 1926 se crearon ocho plazas de académico de número destinadas a representantes de las lenguas catalana, vasca y gallega, que fueron suprimidas en 1930) y ya tenían inquilinos, otros dos no formaban parte de esa cuota y, por tanto, quedaban abiertos a la especulación y a las quinielas que la prensa solía hacer cada vez que había alguna vacante. En marzo de 1927, la revista *La Esfera* lanzó la protocolaria encuesta («Panorama académico: ¿Cuáles son los dos nombres más indicados para ocupar los sillones vacantes en la Academia Española?», 5-III-1927) entre los escritores españoles, con el objetivo de recabar distintas opiniones sobre quiénes eran, bajo su punto de vista, los nombres más indicados para ocupar los codiciados sillones, no sin antes recordarles que, entre los nombres que sonaban, había dos –Vicente Blasco Ibáñez y Antonio Machado– que, por diferentes razones, lo hacían con más insistencia. De la respuesta de Valle-Inclán, que reflejaba fielmente lo que él pensaba de la docta casa, me interesa, sobre todo, la alusión a Baroja y el elogio, nada encubierto, que el gallego le hace, al calificarle –como hace consigo mismo– como un escritor que nunca podría ser académico:

Don Ramón del Valle-Inclán:

Hay un escritor que nunca será académico: Unamuno, Baroja, Blasco Ibáñez; yo desde luego. Este tipo de escritor no será académico, en primer término, porque no lo busca. Luego porque la Academia, con su espíritu, con sus normas, con su vida quieta, ata, apaga en el escritor lo que en él haya de independencia, de rebeldía, de libertad. Yo creo que Benavente se resiste por esto a leer su discurso de entrada (Valle-Inclán, 1995: 339).

Que el aprecio que Valle-Inclán tuvo por Baroja fue infinitamente superior al que Baroja tuvo por Valle-Inclán es algo tan obvio que hasta el propio escritor vasco reconoció en sus memorias que mientras él no salvaba nada en la obra el gallego, su compañero no opinaba lo mismo de la suya: «existía una diferencia y era que él, con razón o sin ella, temía que el mejor día, o en la mejor ocasión, yo hiciera algo que estuviera bien, y yo, con motivo o sin él, no tenía ese temor» (Baroja, 2013: 91). Creo poder decir sin miedo a equivocarme que los elogios brindados por Baroja a Valle-Inclán son excepciones a la norma y, que, pese a que ambos formaron parte de un mismo grupo generacional y mantuvieron una relación durante muchos años, lo cierto es que la historia terminó muy mal. Analizándolo en frío, desde la distancia, se podría decir que era previsible porque, ciertamente, las diferencias entre sus personalidades y sus ideologías resultan abismales, si las comparamos con las escasas afinidades que los dos compartían. García de Juan ha hecho un resumen muy completo y ha detectado hasta nueve puntos de discrepancia entre ambos: desde su distinta formación (uno humanista, el otro científico), hasta su dispar postura ante la República, pasando por sus gustos literarios, su visión del carlismo y el comunismo, o su relación con el poder político (el gallego ocupó varios cargos institucionales, cosa que el vasco jamás disfrutó) (García de Juan, 2011: 495-496).

El origen de la fobia personal que Baroja sintió por Valle-Inclán es imposible de averiguar con total certeza. En su ensayo sobre la generación del 98, Ramón J. Sender, que conoció a ambos protagonistas, lo explicó aludiendo a «causas profesionales», en el sentido de que Baroja entendió que, con el realismo violento de sus esperpentos, Valle-Inclán se metía en un terreno que él consideraba suyo, desde la publicación de su trilogía *La lucha por la vida*. Sólo la envidia de Baroja, que veía como la fórmula del gallego restaba originalidad a su obra, explica, según el escritor aragonés, que este actuara contra Valle-Inclán con «una saña y mala voluntad tan evidente en un hombre que trataba de parecer tan dueño de sí mismo» (Sender, 1961: 119). La teoría tiene su base, pero se me antoja incompleta. Conociendo un poco la personalidad barojiana, es mucho más creíble, sin que se la pueda considerar definitiva, la versión que da el propio Baroja, quien, en su semblanza valleinclanesca describe con detalle el episodio que, según él, está en el origen de su antipatía por Valle-Inclán:

Yo tenía un perro, del que ha hablado Azorín en un artículo. Se llamaba Yock. Era demasiado sentimental, y se creía intere-

sante. Un día, hace más de cuarenta años, Valle-Inclán vino a mi casa, a la calle de la Misericordia, para hablarme de no sé. Estábamos en el despacho. Cuando hablábamos se acercó el perro y se puso en pie a hacer sus gracias. «Bueno, vete», le dije yo.

El perro se retiró como avergonzado y se echó al suelo.

Poco después no sé qué discusión hubo entre Valle-Inclán y yo, y yo me subí a una silla coja, la única que tenía a mano, para alcanzar un libro en un armario alto. No lo encontraba. En esto volví la cabeza y vi que el perro se ponía de nuevo en pie, delante de Valle-Inclán, y que éste le daba un golpe con la punta del zapato en el hocico, y que el perro se alejaba gimiendo. Me pareció una cosa tan estúpida, que estuve a punto de insultar a Valle-Inclán; pero el equilibrio que tenía yo sobre la silla coja era tan difícil, que no permitía frases, y bajé y contuve mi desagrado, y dije que tenía que ir a trabajar (Baroja, 2013: 91).

Obviamente, no hay forma de certificar la veracidad del episodio y, mucho menos, de contrastar la descripción barojiana con la del resto de implicados en la historia. Insisto en que, a juzgar por lo que sabemos del carácter de Baroja, sí me resulta creíble que aquel incidente, hubiese ocurrido o no en los términos en los que él lo relata, le causara una impresión tan profunda como para cambiar su imagen de quien, hasta entonces, había sido su amigo. De hecho, conviene precisar que dicho episodio debió de haber ocurrido antes de 1902, pues el escritor vasco lo sitúa en la casa de los Baroja en la calle de la Misericordia, que fue hogar del clan barojiano hasta esa fecha, cuando –como he explicado en otro lugar (Fuster, 2018)– la familia se trasladó al madrileño barrio de Argüelles para ocupar su conocida vivienda en la calle Álvarez de Mendizábal.

Sea como fuere, lo cierto es que, en algún momento de la relación que ambos mantuvieron, ignoro si desde el principio, o si fue más al final, la imagen que Baroja tuvo de Valle-Inclán cambió de forma radical y, con ello, su trato directo con él. La mejor síntesis, quizá, es la que hizo un hombre tan ecuaníme y cabal como Julio Caro Baroja, quien, en la semblanza que le dedicó a Valle-Inclán, de quien él sí guardaba un grato recuerdo, dijo haber reflexionado mucho sobre la amistad que unió a ambos escritores y haber llegado a esta ponderada e inteligente conclusión cuyo final, personalmente, me parece acertada y muy sugerente, pues nos revela que, sin quererlo, al ir continuamente contra Valle-Inclán, Baroja estaba yendo, de alguna forma, a favor suyo:

He pensado cantidad de veces en esta experiencia lejanísima de mi vida, la he comentado con mi propio tío años después y he hallado en ella casi la clave de sus relaciones con Valle-Inclán, viejo amigo de la familia, de mis abuelos, de mi madre, de mi padre, de mi tío Ricardo y podría decir, en cambio «enemigo íntimo» de mi tío Pío. Sería difícil precisar en cuál de los dos estaba más marcado el elemento constante de incompatibilidad. De todas formas, puede decirse que incluso arrancaba de su respectivo tipo físico. Y no obstante, existía también una honda curiosidad mutua puesto que, de 1898 a 1956, en que murió, mi tío Pío habló largo y tendido de Valle-Inclán en casa, siendo, a veces, mi madre la mayor contradictoria que tenía (J. Caro Baroja, 2015: 192).

BIBLIOGRAFÍA

- Alberca, Manuel, *La espada y la palabra: vida de Valle-Inclán*, Barcelona Tusquets, 2015.
- «Valle-Inclán, juzgado por la intelectualidad española», *Heraldo de Madrid*, 6-I-1936, p. 2.
- «Algunos juicios acerca de Valle-Inclán», *Ahora*, 7-I-1936, p. 6.
- Arbó, Sebastián Juan, *Pío Baroja y su tiempo*, Barcelona, Planeta, 1969 [1963].
- Baroja, Pío, «Desde la última vuelta del camino», *Obras completas* (OC), vol. I y II, dirigidas por José-Carlos Mainer, Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1997.
- , *Nuevo tablado de Arlequín*, OC, vol. XIII, 1999.
- , «Una explicación», *Obra dispersa y epistolario*, OC, vol. XVI, 1999.
- , *Semblanzas*, edición y prólogo de Francisco Fuster, Madrid, Caro Raggio, 2013.
- Caro Baroja, Julio, *Viejos amigos, grandes figuras*, Madrid, Caro Raggio, 2014.
- Fuster, Francisco, *Aire de familia: historia íntima de los Baroja*, Madrid, Cátedra, 2018.
- García de Juan, Miguel Ángel, «Coincidencias y diferencias en la vida y en las ideas entre Ramón María del Valle-Inclán y Pío Baroja», *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, tomo 67, n. 1-2, 2001, pp. 485-522.
- Muñiz, Alfredo, «Un sillón vacío en la Academia: a Baroja le parecen muy bien los nombres que suenan para la vacante de Andrenio», *Heraldo de Madrid*, 31-XII-1929, p. 7.
- Pérez Ferrero, Miguel, *Vida de Pío Baroja*, Madrid, Magisterio Español, 1972.
- Sender, Ramón J., *Examen de ingenios: los noventa-yochos*, New York, Las Americas Publishing Company, 1961.
- Valle-Inclán, Carlos, «Una carta del hijo de Valle-Inclán sobre Baroja», *La Estafeta Literaria*, n. 14, 10-X-1944, p. 31.
- Valle-Inclán, Ramón María, *Entrevistas, conferencias y cartas*, edición de Joaquín y Javier del Valle-Inclán, Valencia, Pre-Textos, 1995 [1994].
- Viana, Víctor, «Una carta esclarecedora: Baroja y Valle-Inclán», *Cuadrante: revista de estudios valleinclanianos e históricos*, n. 12, 2006, pp. 34-44.